

El alimento de los héroes

...and not only a night, an age.

Robert Frost

En octubre de 1989, sentado leyendo la correspondencia de antiguos camaradas con las piernas pendulando al borde de los 40, Leopoldo Palacios, una vez conocido entre sus compañeros de armas como Firpo, entendió con un terror que ni sus antiguos acechadores habían logrado infundirle, que nunca había sido un hombre de acción.

Si las cosechas negras de la tierra que en algún momento le pareció natal le brindaron la oportunidad de serlo, la misma quietud ociosa de la afluencia en donde se arraigan con vigor las aspiraciones salvajes de heroísmo y los hábitos infranqueables de la cobardía se lo

habían negado. Las razones que habían sido recogidas en fórmulas semi-literarias con la forma simple e impostergables de los grandes substantivos—pueblo, futuro, dignidad—eran espurias pero habían aflorado en circunstancias propicias para garantizar enemigos despiadados, batallas feroces y muertes heroicas. Además, habían llegado justo a tiempo para poner en movimiento la vitalidad de la juventud que había vegetado por un par de años bajo el peso de la lasitud propia de la adolescencia en hogares pudientes.

Sintiendo crecer las notas amargas de remordimiento entre las notas frutales del humo que exhalaba la pipa de su padre, Leopoldo Palacios recordaba los días últimos de esa adolescencia sobre la avenida Córdoba. Hijo mediocre de padre brillante, Boldo aprendió el celo en las lecturas furtivas de la Carta al Padre descubierta escondiéndose a plena vista entre los estantes de la biblioteca

que servía para recordarle cotidianamente todas las cosas que el viejo Palacios sabía y que por esos días eran la medida casi exacta de todo lo que el hijo ignoraba. La palidez menuda del libro que había ignorado entre el olor mustio de los cueros solemnes y los efectos narcóticos de las cubiertas en papel de agua de tomos augustos lo llamó si no por nombre entonces por solidaridad fraternal.

Tras apenas unas pocas páginas entendió que la lectura del pequeño libro sería subversiva así que por algunas semanas, en las horas en las que solo se podía oír la respiración lenta de la casa vacía, el joven se escondió a leer la destemplada epístola en los mismos rincones oscuros de la tarde a donde habitualmente se retiraba en busca de rastros de carne y saliva en la tinta de prensa extendida sobre la impudicia del papel estucado.

Fue en esas páginas gastadas por celos y oprobios más antiguos que los propios a dónde fue a morir el letargo adolescente. La

lectura despertó una certeza que había ronroneado casi inaudible en la profundidad de una tristeza transparente que hacía a los objetos que la vista de Boldo alcanzaba responsables por su aparente oscuridad. Los días de esa juventud tediosa habían sido inexactos y se habían apelotonado como un cúmulo de repeticiones de otras repeticiones en las que la falta más crítica era la falta de intención. Ni la belleza tenía dominio sobre el día ni el horror dominio sobre la noche. En el espacio de las horas una constancia soporífera e ineludible lo mantenía cautivo en una soledad que solo era interrumpida irregularmente por las amonestaciones del padre, el agobiante cuidado de la madre y los esbozos de carne en tinta que ahora habían sido reemplazados por la baja pasión de los sueños soteriológicos, tierra natal de sufrimientos reales e imaginarios.

Al final del segundo día de lectura, Boldo pensó en escaparle al amor cretino de sus

padres pero la empresa le pareció imposible. Por la ventana presentía el acecho de la multitud de peligros mortales y vitales que la madre había creado solo para él.

Si no los más hermosos ni los más brillantes, los miedos fueron hijos legítimos del amor exhausto que Nora Galván de Palacios le tuvo a su hijo. Quiso hacer de los casi 200 metros cuadrados sobre Córdoba un refugio inviolable pero según la infancia de Boldo fue mostrando tímidamente los brotes de sueños de aventuras, la madre que debió admitir que el peligro esperaba agazapado dentro del cuerpo que ella se empeñaba en proteger, fue pintando las simples delicias que a su hijo le quedaban por conocer con colores lóbregos en los que se reflejaba imprecisa la muerte probable.

En los meses que siguieron a la lectura de la carta, una infinidad de autores celebres, hombre y mujeres sin hijos y sin los

instrumentos necesarios para comprender los rudimentos del amor de padre, le dieron al joven Palacios los argumentos necesarios y suficientes para confeccionar el sumario de cargos.

La víctima se reconocía perjudicada y las mentes más brillantes de generaciones anteriores prestaban testimonio imputando a la pareja Palacios en la sujeción de su único hijo a los yugos del bienestar y la abundancia. En términos quizás más prosaicos pero mucho más penetrantes que los que le ofrecían los apologistas de la adolescencia estúpida con sus catálogos de convicciones genéricas, Boldo culpaba a sus padres por el infranqueable monotonía y como todos sus autores usaba liberalmente el epíteto "burguesía" para referirse a lo que comúnmente las lenguas populares llaman aburrimento.

Por el fuego, Boldo busco ser liberado del miedo al fuego y fue en las profundidades del julio que siguió donde el adolescente encontró en algún paraje perdido de la inmensa Espasa-Calpe que se dilataba de pared a pared al fondo de la misma biblioteca en donde había aflorado la ira unos meses antes, un artículo sobre la anatomía y fisiologías de los artefactos explosivos. Razonó el modo más simple de confinar en perpetuidad una sustancia lábil y ejecutada la obra con materiales de cocina sorteó la entrada al patio interno del edificio para liberarla. Con el aliento en fuga inició la primera de las cuatro fases de detonación y aun habiendo medido mal su después, logró amparar su futuro de las esquirlas de vidrio que al no encontrarlo en el camino se fueron a incrustar en la pared de hormigón.

La fuerza de la onda expansiva rompió el mediodía y usando como una gigantesca ánima de cañón la oquedad en la que el

espacio muerto del patio se repetía transparente en los nueve pisos de arriba, lanzó un feroz rugido que por un instante paralizó Barrio Norte y puso en movimiento la sombra de miles o quizás de cientos de miles de palomas que siguió hormigueando por horas sobre el pavimento, las baldosas y sobre las pocas hojas de pasto subversivas que brotaban en grietas grises en esquinas por las que no pasaba nadie.

El trueno que Boldo conjuró se movió con violencia de un elemento sólido al otro mostrándole una densidad que le desconocía a su propio cuerpo. Vibró en una excitación salvaje que excedía sus márgenes y que postergaba el miedo. El chico pensó que era esta nueva solidez lo que le impedía la fuga. Incluso con sus oídos sumergidos en la sordera pasajera, creía escuchar con claridad el rumor de sangre indomitable corriéndole por las venas y arterias. No quedaba en él rastro alguno de la substancia de la niñez

salvo en la repetición de su nombre que sentía como el eco de un sonido lejano que había dejado hacía tiempo de sonar.

Unos minutos después blandiendo las primeras armas de su recién forjada hombría se encontró frente al horror impreso en letra pálida sobre los pómulos agudos de la madre que lo vio llegar por la puerta de atrás emperifollado de sudor y carmín, obsequio de bautismo de un mínimo fragmento de vidrio que, mientras todas las cosas buscaban con las pupilas repentinamente encendidas el bramido de fuego, beso su frente a hurtadillas. Un sabor levemente dulce y ancho se hizo de la boca y frente al evidente terror de quien tanto lo amaba no pudo evitar sonreír. La mujer lo abrazó mientras intentaba silenciar el staccato de algunos sollozos que se apelotonaban al final de la infancia de su hijo. En el terror de la madre no solo supuso confirmada su valentía sino que también vio

ajusticiado el aburrimiento, la pereza y la comodidad a la que había sido sometido.

La mujer quiso decir algo pero le fue imposible. Entendió que su hijo tenía ahora su propio cuerpo prisionero y que ni ella ni su esposo contaban con los medios para pagar el rescate. Por miedo a que Boldo se tomase represalia, prefirió no dar parte al padre de lo ocurrido durante sus horas de ausencia.

"¿Escucharon el estallido este mediodía?" preguntó Palacios padre durante la cena viendo a su hijo inusualmente animado y atento y a su mujer inusualmente acobardada y silenciosa. La mujer no levantó la vista de su plato ni Boldo apartó la suya del rostro cansado de su padre quien sin esperar respuesta agregó "Se vienen tiempos difíciles."

Esos tiempos dieron comienzo la mañana siguiente cuando Boldo entabló una muy corta pero pernicioso amistad con el Zurdo Dominguez, hijo menor de un sindicalista y

alumno ejemplar del Nacional Buenos Aires. Fue Dominguez, también ávido lector de los mismos apologistas de las soledades heroicas, quien lo rebautizó con el nombre del taller de mecánica frente al que se daban cita para discutir grandes cuestiones. Tres años más tarde, Leopoldo Palacios había abandonado muchos si no todos sus hábitos y nombres de infancia y se movía armado por Buenos Aires, libre de los antiguos miedos y respondiendo al nombre de guerra con que Dominguez lo había bautizado.

Mucho de su talento consistió en reescribir impresiones recogidas de la triste literatura sobre la cual había planeado su emancipación para alentar a sus camaradas a adentrarse y las veces a ser consumidos por el fuego. Mucha de esta ociosa valentía fue reflejada en una voluminosa correspondencia en donde Firpo, que desde el día en que había conjurado la tempestad en el pulmón de cuadra de la casa de sus padres no había vuelto a ver el fuego,

hablaba fervidamente del poder beatífico de las llamas. Cierta excitación titilando en la promesa, si bien incumplida e incumplible, de violencia atada al nombre que había comprado con juramentos de lealtad suicida, lo habían hecho suponer que los antiguos miedos de Boldo no le pertenecían más.

No obstante, lejos de haberlos perdido después de casi una década de residencia en esa su vida aventurera, Firpo no había tenido ocasión alguna de ejercitar los miedos que a Boldo le había enseñado su mamá. Su militancia, (como llamaban él y sus correligionarios a la repetición de frases crispadas) consistía en sentarse a transcribir partes del cuerpo de manuales y reglamentos de la organización en una máquina de escribir modificada. En la repetición de los días de compromiso y lealtad frente al escritorio del pasaje Osaka, no había rastros de la clandestinidad y voluntad de violencia que constantemente mencionaba en epístolas,

artículos y misivas. Si Firpo lograba verse a sí mismo santo, osado y cruel era solo en virtud de la compañía perpetua del paquete de 43-70 y de la Browning que con bravura silenciosa escoltaba la máquina de escribir.

Un mediodía soleado de octubre en el que en el aire reverberaba todavía los ecos metálicos del frío invernal la valentía prosística de Firpo fue interrumpida por unos de los antiguos estremecimientos de Boldo. Por primera vez en dos años Palacios escuchó el sonido del timbre y fue arrancado del pasaje que se encontraba transcribiendo por un terror alucinado que no dejó ni rastro alguno de la idea que hacía menos de unos segundos lo había precedido. Levantó la vista buscando la puerta de la cocina de Córdoba y se entendió solo en el después lejano de Caballito. Dejó el cigarrillo prendido en el cenicero y se aferró a la Browning casi por instinto. Apretó el pulsaste y tratando de esconder su voz dio un

indicio claro de paradero en una sola sílaba:
"Si?"

Una voz de mujer desesperada se escurrió por el portero eléctrico abusando la complicidad de las frecuencias radiales. "Abrime.. Por favor, abrí."

Firpo quiso abrir la puerta pero presintiendo el acecho de la multitud de peligros mortales y vitales que él mismo se había creado, dudó. Con el dedo sobre el botón y el audífono al oído supo que una eternidad estaba pasando. La voz de la mujer volvió a entrar por el portero pero esta vez con mucha más premura intentando traer su cuerpo consigo . Las últimas palabras de la súplica se perdieron bajo uno o dos gritos de hombres distantes y luego, al agudo de los dos tiros en el audífono se le pegaron los ecos graves que llegaron por la ventana junto a un débil olor a pólvora. .

El pánico se apoderó de todo. Ya sin ánimo de bravuconadas, La Browning se agazapó inmóvil y muda detrás de la máquina de

escribir. En las horas que siguieron, Firpo cruzó un número infinito de veces el pequeño universo de jactancias, fanfarronerías, grandes declamaciones del que acababa de ser expulsado por la sobriedad agreste de las mismas palomas en vuelo. Escuchó algunas sirenas, escuchó voces de hombres y motores de autos y luego un silencio largo escondiendo una multitud de susurros entre los que distinguía las voces apagadas de algunas vecinas que no atinaban a sacar su preocupación más allá de las puertas de casa. Con una palpitación constante e indomitable cabalgándole en el pecho, espero la madrugada con todas las luces apagadas y evitando fumar por miedo a ser delatado por el fuego. A eso de las tres de la mañana con el corazón trepado al cuello, buscó por las ranuras de la persiana alguna sombra visible de la muerte al acecho entre las luces de la vereda . Silenció la exhalación en favor de los rumores de la calle y cuando por fin tuvo la

esperanza que sabía absurda de la calle vacía, se fue llevándose el paquete de cigarrillos y dejando atrás la Browning sin limpiar la culata.

Los ojos casi lograron esquivar la mancha de sangre en la vereda. La calle dormitaba a las luces titubeantes de los postes de alumbrado. Caminó cuatro calles siguiendo las indicaciones del manual que había estado transcribiendo y a unas seis cuadras fue forzado a levantar la vista por una voz que preguntaba en un tono extrañamente amable para el día que había pasado pero habitual para esas horas de la noche en que el primer deber de la pregunta es no sobresaltar al destinatario.

"Disculpe joven. Usted sabe dónde se puede comprar perejil a estas horas de la noche?" El hombre estaba apoyado contra la puerta del Falcon y exhalaba en columnas de humo blanco y espeso el final de un cigarrillo. Ahogado por el terror que se alzó repentino, el

cuerpo de Boldo ardió en un silencio de oscuridad salvaje. Cometió el error que por un instante le pareció fatal de mostrarle al hombre sus ojos culpables. El hombre sonrió, mató la colilla bajo la suela y sin esperar respuesta se subió al auto y se fue.

Menos de una semana después, con la deshonra como compañera, Palacios se adentró en Jujuy en donde aprendió el efecto inflamatorio que el miedo tiene sobre las células del tiempo. El tiempo y el paisaje de la Puna yacían inertes bajo su atención absorta que buscaba predecir la inminencia perenne en la posible oscilación de la sombra de un Cardón, en el acento porteño de un desconocido en la despensa, en un cambio repentino en los hábitos matutinos de algún vecino, en un auto abriéndose paso en una polvareda distante. Palacios, por esos años Norberto Niño, fue condenado a contar esos años en minutos.

La tarde en que la radio le anunció el final del exilio, Palacios había muerto las infinitas muertes de la cobardía y con el mismo vértigo cortándole la respiración con el que había partido, volvió a Buenos Aires.

Sus padres lo habían dado por muerto en las turbulenta corriente de los últimos setenta. Leopoldo Palacios padre murió poniendo fin al luto exhausto que por poco más de una década había mantenido por su hijo, los primeros días de 1980. También en sus últimas palabras buscó a Boldo. Un par de años después, Nora Palacios vio la abundante soledad que guardaba en el departamento de Córdoba para guarnecer su vejez rota por el grito del portero eléctrico a deshora: "Mamá, soy yo, Boldo... abrirme." La mujer titubeó pero lo dejó entrar. Boldo volvió a esconder las tardes en la biblioteca que conservaba las mismas luces y los mismos perfumes pardos de otros tiempos. La colección parecía intacta salvo por

la carta que había desaparecido. El escritorio, como todos los escritorios de muertos, daba muestra de haber sido recién ocupado.

"Esto, decía tu padre, es todo lo que te hubiese podido legar si hubiese sabido protegerte de vos mismo. Se sintió culpable de tu muerte hasta el final. No sabés cuanto te quería ese hombre." Efectivamente Boldo no lo sabía pero buscaba recuperar algunas de sus huellas malentendiendo el recuerdo las veces cálido de las manos de su padre con el amor sobrecogedor e inescapable que el hombre torpemente le había prodigado. Boldo buscó la respiración de su padre en sus viejas pipas.

Una vez sobrepuestos a la maravilla y al horror, tanto madre como hijo entendieron que a la mujer le sería imposible perdonar el milagro de la resurrección después de haber llorado la pérdida pero más que nada después de haber visto a su esposo saldar las cuentas de una muerte embustera con tanta y tan honesta congoja.

Un buen día de abril, Nora Galvan de Palacios murió y al día siguiente su hijo le dio cristiana sepultura junto a la tumba de su esposo. Boldo se quedó solo con su culpa y heredó la recriminación de la que la muerte liberó a la madre. Fue por esos días en que un artículo de Nino Brutó le ardió entre las manos. Una invectiva inapelable en donde el columnista aunaba a las partes en pugna en el mismo oprobio y con atroz severidad daba cuenta de la futilidad de la empresa de sangre : "Los salvadores de la patria" decía " nada han tenido que ver con este triunfo indeciso de la historia política del país. Este pintoresco brote de ardor democrático tiene como padres a una mujer feroz en Londres y a un cadáver anónimo que mira Puerto Stanley desde lo alto. Un desenlace diferente en las aguas del sur y las urnas estarían hoy enterradas en fosas comunes a lo largo y a lo ancho de la república"

La pregunta a la que respondían estas palabras despiadadas, Firpo la había murmurado en tinta pocos meses antes de desaparecer como un erotema adornado por los ademanes de lo trascendental y de lo impostergable. "¿Quién, sino, salvará a la patria?" Ahora no recordaba con ninguna precisión a quién refería el gesto privativo pero suponía que a uno de sus viejos enamoramientos. El veredicto de la voz pública que ahora finalmente osaba decir su parte, se burlaba con crueldad de la petulancia pueril y daba por sobreentendido que iba a ser resuelta en la abyección de la cobardía postrera.

La relectura de sus proposiciones más audaces en la antigua correspondencia ahora todas estranguladas por la certeza de la soberanía del miedo y la pusilanimidad y por la inflexión degradante que le suponía a la voz de la columna de opinión fueron tortuosas y hablaban de ingenuidad y de insensatez repitiendo con gestos mucho más grotescos

los mismos susurros ardientes de la antigua carta pero ahora dirigida a sus varios nombres.

En el patio donde quiso por el fuego liberarse del fuego, ahora buscó liberarse de estos papeles, los últimos testigos, creyó, de su deshonra. Sobre la pila de cartas se retorcieron torturadas por las mismas llamas las palabras de Brutó.

Las voces crepitaron por un instante y al apagarse fueron dejando ver entre las lenguas del fuego una media sonrisa que con benevolencia casi paternal lo instaba a no desconocer desaciertos. Boldo no lograba reconocer las facciones espurias que la memoria desdibujaba pero las sentía familiares. Sentía clara la estela del miedo en los rastros tenues que se ofrecían de la extraña angulación de los labios y de la agudeza de las pupilas que se perdían si intentaba capturarlas. Pasaron varios días hasta que

reconoció los fragmentos del recuerdo de Giges.

Según la memoria de la calma sibilina alzándose soberana en medio al terror que dominó la noche de aquel día se fue volviendo más nítida, fue creciendo la certeza de que el hombre a quien ahora buscaba no se habría dado en fuga. Boldo espero reencontrar la mirada y cuando finalmente reconoció el remanso de los ojos opacos, las luces mortecinas bajo los pómulos y la bonhomía bien asentada sobre las facciones de un desconocido hurgando en el pasado en una librería de usados Cordoba arriba, preparó el final.

Por tres horas, Boldo con las manos en los bolsillos, esperó en una oscuridad aterradora pero que le era completamente desconocida. La transpiración se condensaba sobre el acero. Al salir del estacionamiento, el hombre que quizás se sabía seguido, levantó con calma la cabeza y reconociendo el gobierno del miedo

en la cara que no había olvidado, volvió a sonreírle y exhaló por última vez el mismo humo blanco de entonces. La nueva Browning, inmigrante paraguaya, respondió a la injuria con tres inapelables sílabas gritadas en la oscuridad. "Perejil" susurro Boldo temblando antes de alejarse caminando despacio como recomendaba el manual.